

La lucha por la libertad es tan bella cuanto imposible, pues en ella va el germen de la tiranía.

En la trasmutación de los hombres está el desequilibrio de la historia, pues las ideas y los sentimientos permanecen, dentro del corazón humano, en la misma dolorosa duplicidad que permite al hombre apoyar con los mismos sólidos é irrefutables argumentos los dos más opuestos sentidos de una cuestión.

El inevitable dolor

Un sentimiento de honda tristeza baja en grandes vuelos de la cumbre del arte á posar sobre el espíritu de los hombres, envolviendo al corazón en la sombra de los dolores compartidos. La idea de la confraternidad roe las almas, contaminando la vida con el roce impuro del dolor. Fraternalmente, bajo el poder de la voz que hace obligatorio el amor, la vida se llena de sombras, tórnase triste y misteriosa.

«¡ Amaos!—dice la voz.—¡ Compartid vuestras penas para hacer menos pesado el camino!» Y los hombres se apresuran á responder á la fraternal incitación volcando su carga de quimeras no satisfechas, de llantos nunca interrumpidos, sembrando amarga semilla dolorosa de la que no podrían salir los apetecidos frutos del bienestar y del contento.

Y el egoísmo de la especie, bárbaro y crue egoísmo conservador, de todos contra uno y de cada uno contra todos, lleva, en una antítesis natural, á ocultar, guardándolo avaramente, lo que pudiera ser fuente de bienestar y de dicha. La fraternidad no reza con la alegría, con el contento de vivir, como con el dolor y la desesperación. Compártese la tristeza para disiparla en mínimas proporciones entre todos los humanos, y por la misma razón ocúltase la fugitiva felicidad que pasa, temeroso cada cual de que al comunicarla y compartirla desaparezca para siempre.

La fraternidad predicada por la democracia se convierte en fuente de males cuando el sentimiento se apodera de ella. Deja de ser un estímulo y un auxilio para convertirse en una carga que hunde, en una fuerza que tira hacia atrás, como si todo el dolor de la generación presente nos aplastara, como si toda la desesperación de las épocas pasadas nos mantuviera ligados á los nuestros, cuya dictadura moral se impone en el dolor.

El arte, fuerza afirmativa de la vida, presta á su vez lamentable ayuda á esa regresión del espíritu, convirtiéndose en el heraldo de la idea de confraternidad malsana que se basa en la comunión del dolor universal. El arte de hoy es triste porque aspira á ser un lazo de unión entre todos los seres vivos por la comprensión del dolor humano. Y siendo así deja de ser fuente de vida, germen de auroras para tornarse en venenoso manantial de aguas pestíferas, donde se propaga el morbo delétreo de la miseria moral y de la cobardía física.

Se ha dicho y repetido centenares de veces que el dolor es bello, fecundo, glorioso, repitiendo las palabras de Baudelaire: «Yo sé que el dolor es la única nobleza». Y para ello los hombres no han hecho más que aceptar el dogma de la fraternidad, en la comprensión que le ha sido asignada por la cobardía de un momento de duda, resabio de un misticismo persistente.

Olvidado el dogma religioso le ha sucedido otro dogma no menos infalible: el democrático de los revolucionarios de 1793 y del cual sólo se acepta íntegramente su última parte—la fraternidad,—por cuanto las demás sufren tantas restricciones que con él y sin él la libertad es sólo para quien la dicta y la igualdad para sus allegados. Solamente la fraternidad es general y todos la piden y todos la otorgan, pero á sistemáticas contradicciones que pudieran oponérsenos, uniéndose los

humanos en la universalidad del dolor, que todos sienten y que el arte propaga.

La literatura del día es una literatura dolorosa y restrictiva. Brillan escasos relámpagos de bondad, vívese en permanente ausencia de alegría. Todo se encara y comenta bajo el criterio de la gravedad más absoluta, como si el «morir habemos» de los trapenses fuera el santo y seña de los artistas contemporáneos. En todas las obras del día pasa como una racha silenciosa y formidable el viento del dolor. Los autores más vitales, los que poseen más elevadas cualidades, apóyanse en el sentimiento del dolor universal para fundar su doctrina. Barrés dice: «yo he fundado mi nacionalismo sobre la tierra y los muertos»; Blasco Ibáñez vive obsesionado por la idea fatal de la desaparición subjetiva; D'Annunzio se agita en pleno macabrisimo doloroso y mortal, y así todos los artistas de nuestra época, los que se dicen más fieles intérpretes del alma de lo vivo, hacen consistir el centro de sus obras en el dolor, asimilándolo y distribuyéndolo luego como un sutil veneno.

La tendencia de la literatura, de la pintura, de la escultura del día hacia lo triste, lo doloroso, lo enfermizo, hacia todo lo que pesa lamentablemente sobre el alma de la humanidad como una regresión, débese en primer término al influjo ejercido sobre el espíritu de los artistas por la idea de los apóstoles nuevos, de los reformadores iconoclastas, cuya acción se hace sentir especialmente en esa modalidad del descontento, que lleva á censurarle todo, á juzgarlo todo desde el punto de vista de un preconcebido afán de destrucción.

La literatura, especialmente, se ha convertido en una fuente inextinguible de dolor, por ser la que más directamente podían dirigir esos heraldos de tiempos nuevos, necesitándola como una gran arma de combate para la propaganda de sus idea-

les. No hay que buscar la literatura vital, llena de ese noble anhelo de vivir que da al mundo más bellos colores y abre al espíritu nuevos horizontes. La literatura moderna es tan grave como un viejo, tan reposada como un dómine, tan lamentablemente seria como un catequista incrédulo.

Ha surgido con tendencias á formar un lazo de unión entre todos los hombres, empleando para ello el único medio á su alcance: la difusión de lo único verdaderamente universal, de lo mismo que la fraternidad llevaba de uno á otro lado, tendiéndolo de hombre á hombre, el dolor.

Literatura de ideas, de tendencias definidas, por noble que sea ha de caer siempre por la base, minada por el mismo defecto que es su principal condición. De ahí que la literatura contemporánea no haya producido todavía los frutos prometidos de paz, de amor y justicia.

La fraternidad en el dolor que el arte moderno propaga es un absurdo y lleva en línea recta al suicidio de la especie. Fraternidad por el bien, por la belleza, por la alegría, especialmente, cualidad esta última que encierra y contiene todas las buenas cualidades, sería la única fraternidad posible al hombre, útil y noble, digna y benéfica.

Fraternidad en la alegría, suavizando con ella las penas ajenas, no la absurda fraternidad en la tristeza que obliga á perder parte de bienestar para asimilar el dolor ajeno. Fraternidad en lo bello, no en lo feo que la vida encierra, enmohecendo el horizonte y cortando el vuelo de la idea. Fraternidad, en fin, en todo lo que sea exteriorización de energías, desgaste y acumulación de vitalidad, no ahorro de la misma, ahorro egoísta que produce su corrupción y completo aniquilamiento.

El arte de hoy en sus tendencias de confraternidad y humanización llega á concebir la fórmula absurda de un vivir por entero dedicado al sufrimiento. Ya no viste burdo sayal, ni carga con la

cruz simbólica de *La imitación de Cristo*, pero aún debajo de las galas chillonas del decorado moderno late la oculta doctrina dolorosa, diciendo al hombre el trágico versículo del *Eclesiastés*. Cántase á la vida y el himno es grandiosamente épico, lleno de virilidad y energía; pero ritmando las estrofas óyese el canto grave del dolor diciendo la nada, el aniquilamiento, la negra finalidad de todo lo creado.

Como más triste se muestra un cementerio cuanto más brilla el sol y más flores se ven y más perfuman éstas, así más triste suena el ritmo de la obra de arte cuanto más garrido el adjetivo, más galana la frase y pomposa la idea. La exuberancia de vida señala exuberancia de muerte. Debajo del florido tapiz á flor de tierra se adivina la podredumbre del abono dando su generosa y noble savia.

Las obras de arte modernas vienen todavía demasiado impregnadas del fatalismo cristiano para llegar á la perfección soñada por los amantes sin exigencias de la vida.

Vienen las obras de arte cargadas en exceso del fatalismo de la existencia humana para que puedan servir todavía á la obra vital del progreso nunca interrumpido. Pesa sobre ellas mucho de lo pasado para que puedan ser evangelios y guías en el interminable caminar de la caravana que pasa.

¿Dónde está la obra sana, pura, libre de la mancha del dolor, que sirva de estímulo y de ayuda, sin que traiga aparejado el temor de lo desconocido, el ansia de lo sobrenatural? En todos los libros de nuestros hombres de letras se hace la unión macabra del amor y de la muerte, del sensualismo y del misticismo, de la ansiedad de la especie que pugna por no morir y de la muerte que se sobrepone á la voluntad misteriosa de la especie; lucha de misterio contra misterio, siempre de-

cida en favor de la parte más fuerte por ser la más general, en favor de la doliente manifestación fraternal á la que tienden los hombres, débiles y cobardes, vencidos de antemano por la fuerza atávica de lo pasado, sobreponiéndose al generoso impulso ascensional latente en todo lo vivo.

No ha aparecido todavía la obra de verdadera vida, la que no haga pesar la carga del dolor sobre sus creaciones, la que se ejerza sobre la contingencia vulgar del momento para mirar más alto y más lejos.

La literatura moderna ha cometido el error de buscarse una finalidad, un objetivo, una razón de ser. Se ha dejado impresionar por el clamoreo de los utilitaristas exigiendo un fin á toda actividad, y en ese esfuerzo ha encaminado sus energías á la obra de un practicismo fraternal, tejiendo de hombre á hombre, de raza á raza, la urdimbre de su confraternidad en el sufrimiento.

Y de esa bárbara tergiversación del arte, que por serlo no tiene más finalidad, ni más razón de ser que la de conmover y hacer pensar, han surgido ciertas nuevas teorías de una estética delirante, que proclaman el arte útil, como si Cervantes, Shakespeare, Dante, los grandes genios, los artistas superiores, hubiesen pretendido jamás la finalidad grosera de un tratado ó de un manual para sus grandes creaciones.

Faltos de realidad en esa comprensión malsana para apoyarse en la vida garantizando su estética, esos artistas han debido de buscar en lo triste y doloroso la razón que les faltaba. Y de ahí ese dolor, de ahí esa miseria propagada por el arte, cantada como lazo de unión entre todos los hombres, como única fuerza capaz de aproximar los corazones.

Falta un poco de aquella alegría helénica, un mucho de aquella serenidad romana, que hacían

fuerte la vida y contribuían á mantener permanentemente viva la idea del mejoramiento. Hoy el hombre gime y se desespera en las fronteras de lo incognoscible, afirmando que el dolor es inevitable y apoyando en él toda manifestación del pensamiento.

La novela toma por asuntos lo triste, lo trágico, lo anormal del medio ambiente, la poesía se hace subjetiva para cantar la angustia íntima, sin que surja el artista verdadero, decorador de la vida, embellecedor de lo existente, que cante y diga la gloria de ser, que viva en pleno triunfo de lo bello, en plena apoteosis de lo bueno, sin carpar el espíritu de sombras y de penas, haciendo con su obra la unión de los sentimientos, hasta llegar á lo inevitable del placer para mayor satisfacción de la vida...